Como para desmentir tal aserto, en la calle estalló un coro de carcajadas, francas y alegres, lanzado por unas muchachas que, sin duda, no habían leído al viejo Schopenhauer.

—La vida siempre fué un gran dolor, pero ese gran dolor tenía un consuelo, que hemos cubierto en la pizarra de signos algebraicos y hemos borrado en el laboratorio con fórmulas químicas.

»Y la vida no tiene consuelo: es infame, es brutal, es un alarido de rabia, cuando no le convierte el egoísmo en un grosero y repugnante bostezo.

»La juventud es prisionera de la verdad, pero la verdad la ha matado. Hay tesoros que matan, como en los Nibelungos, y danzas que aniquilan, como en Walpurgis.»

Una turba de mozalbetes ha pasado bajo el balcón, soplando á dos carrillos en sendos silbatos. Laura ha aprovechado el pretexto y ha abierto la vidriera.

Una vez sobre el antepecho, ha dejado caer disimuladamente un papel. Me pregunté en seguida si estaría cubierto de signos algebraicos ó de fórmulas químicas.

Un papel escrito por una mujer es siempre una fórmula ininteligible para quien no ha leído antes en sus instintos y en sus ambiciones.

Me he separado del coronel y me he acercado á Laura. Con gran sobresalto he visto que el papel había caído en otro balcón, en vez de llegar á su destino.

—Iré por él—he dicho á la niña, muy quedo—. No te apures. Nadie sabrá ni tus secretos ni tus confidencias.

Pero la niña me ha contestado, ruborizándose ligeramente:

—No es preciso. Eso sólo lo entendemos nosotros.

Entonces me he explicado todo el problema. No. La juventud no está triste; lo que hay es que no la entendemos, porque sólo comprende quien ama.

Y hemos ya doblado la cumbre y hemos mirado mucho á los astros y hemos pasado muchas vigilias estudiando fórmulas algebraicas.

Por eso estamos tristes y por eso proyectamos la sombra sobre esas cabecitas de oro ó de endrina, sobre las cuales palpitan todos los júbilos y se ciernen todas las esperanzas.

Estamos tristes porque hemos descifrado el arcano; pero no puede estarlo quien sabe escribir billetes á hurtadillas y arrojarlos al viento perfumado, en donde el ansia de lo grande murmura y el genio de la especie aletea.

LXIV

La Marquesa, reclinada en un canapé estilo Imperio, juega con los encajes de su bata y golpea acompasadamente con el tacón de su chinela bordada en lentejuelas de oro el mosaico de su gabinete de aseo. Su frente, de una blancura nívea, se apoya de vez en cuando en su larga y afilada mano de canonesa, como para alejar cierta inquietud ó fatiga. Su doncella Clara permanece en pie, en actitud más respetuosa, contrita, avergonzada, casi llorosa, como esperando una grave acusación y repulsa. Sus brazos, caídos á lo largo del cuerpo, denotan abatimiento invencible, y sus dedos retuercen nerviosamente los bordados del delantal. Hay una breve pausa.

La Marquesa.—Sepamos: ¿qué ha ocurrido durante mi ausencia?

Clara.—Ha ocurrido... Verá la señora...

LA MARQUESA.—¿Algo desagradable para mí?

CLARA.—Para vuecencia, no.

LA MARQUESA.—Me habías asustado con tu turbación. ¿Quién ha venido?

CLARA.—El señor, tres noches. Como almuerza y cena en el Casino y tiene su partida de ajedrez...

LA MARQUESA.—Bien. Eso no te interesa. Y ¿no ha venido alguien más?

CLARA.—Por de contado: seis ó siete tardes el señorito Enrique.

LA MARQUESA (*fingiéndose distraída*).—¿Preguntó, sin duda, la fecha de mi regreso?

CLARA.—Justo.

LA MARQUESA.—¿Con interés?

CLARA.—Bastante.

LA MARQUESA (*después de un minuto de meditación*).—Tienes los ojos húmedos. ¿Has llorado?

CLARA.—Perdone la señora... Son cosas mías. Pero como una no tiene más que una cosa que perder...

LA MARQUESA.—No te entiendo.

CLARA.—Quería decir á vuecencia que, agradeciendo mucho sus bondades, me marcho.

LA MARQUESA (*sorprendida*).—¿Que te marchas? ¿Por qué? ¡Ah! Ya comprendo. Lo que decías hace poco... Se ha permitido Juan alguna pequeña libertad contigo. ¿No es eso?

CLARA.—No lo niego. Afortunadamente, he sabido tener á raya á ese bruto. De todas maneras, siento decirle á la señora (*medio llorando*) que no ha debido dejarme sola en la casa y llevarse toda la servidumbre. Era demasiado expuesto para una muchacha joven y desamparada como yo.

LA MARQUESA (*con sequedad*).—¡Hola, hola! ¿Rebelde y además virtuosa?

CLARA (*sofocada*).—Soy mujer al fin, y no necesitaba sufrir atropellos. Una muchacha sola no está bien en una casa en donde entran y salen hombres.

LA MARQUESA.—Hijita, esos son gajes del oficio. Te hubieras dedicado á azafata y sirvieras con harto mayor desembarazo. Es preciso que te convenzas de que Juan es un buen muchacho, que se habrá permitido alguna libertad en honor de tu buen palmito y en gracia de...

CLARA.—¿De qué?

LA MARQUESA.—En gracia... de la *primavera*. Pero es incapaz de perjudicarte; ya sabes lo reservado que es. Además, en tu situación, ciertos escrúpulos tienen así aires de melodrama, que siento decírtelo, *no te van*...

CLARA.—¿Qué dice vuecencia?

LA MARQUESA.—Que para una mujer que no tiene padres, ni hermanos, ni marido, ni amante, ni amistades, ni relaciones, el *qué dirán* es una cosa soberanamente ridícula. Otra canción sería teniendo que perder una posición, una reputación cimentada, un afecto...

CLARA (*irguiéndose*).—¡Señora: yo tenía que perder algo más: mi honra!

LA MARQUESA.—Tienes razón; ¿quién te lo niega? Todo eso es muy bueno y muy respetable. Pero ¡vamos! concédeme que, al entrar á servir, no se hacen precisamente ciertos votos y que cuando no se quiere correr determinados riesgos, lo mejor es estarse en su casa, resignándose á la pobreza, á la vida honesta del campo...

CLARA (*llorando*).—¡Sí, ya lo sé: que servir es eso, estar á merced del primero que pasa, ser despreciada por todos, no tener derecho al respeto de nadie! Perdone usted, señora marquesa, pero no puedo estar más aquí. Me marcho... no sé adónde...

á llorar á mis anchas, á que no sea mi pena un estorbo.

La Marquesa (*con altivez*).—Puedes resolver lo que gustes. Pero hazme la merced de llamar á la segunda doncella.

Clara.—Perdone vuecencia. Pero en mi caso...

La Marquesa.—No es para tanto; pero en fin, allá tú.

Clara.—¿Que no es para tanto mi desgracia?

La Marquesa.—¿Tu desgracia? Luego Juan...

Clara.—¡Si no ha sido él, señora marquesa, si no ha sido él!

La Marquesa (*palideciendo ligeramente*).—¿Estás en tu juicio? Entonces lo que te pasa es más grave. ¿Quiere decirse que me has vendido? Mira despacio lo que afirmas.

Clara.—La verdad, por desgracia.

La Marquesa.—¿De modo que yo te dejo aquí como persona de confianza y abusas de ella? Vamos, eres una desvergonzada.

Clara.—No, señora, no. Fué *él* quien tuvo la culpa, quien abusó de mi debilidad y de mi temor al escándalo. ¡Vaya una acción para un señorito!

La Marquesa.—Me has ofendido y te perdono. Puedes ir á que te paguen tus salarios. En cuanto á mi marido, también le absuelvo, por haber tenido el pésimo gusto de rebajarse á ti.

Clara.—¿De rebajarse? Pero ¿por quién me toma vuecencia?

La Marquesa (*con ironía*).—Anda, ve con Dios, pobrecita. ¡Tiene gracia! No llores. ¿Ves lo que te decía? La primavera. Para ella son iguales los nobles y los patanes.

Clara.—Pero, señora marquesa... ¡Si tampoco ha sido el señor marqués quien ha cometido esa infamia!

La Marquesa.—Pues ¿quién ha sido?

Clara.—Su amigo de usted: el señorito Enrique.

La Marquesa (*levantándose trémula*).—¡Mentira! ¡Eres una insolente!

Clara (*sollozando*).—¡El ha sido! ¡El, que parecía tan bueno!

La Marquesa (*iracunda y fuera de sí*).—¡Vete, vete de mi presencia, si no quieres que te estrangule! No vuelvas á pisar el umbral de mi casa. ¡Ramera! ¡Mala mujer!

Clara.—Ya me voy; ya me voy. ¡Dios mío! ¿Por qué no habré conocido á mi madre?

La Marquesa (*desplomándose en el canapé*).—¡Qué desgracia! ¡Qué iniquidad!... Y ¡qué poca vergüenza tienen esas bribonas!

LXV

Conocí á Eslava en un pueblo cercano á Madrid, cuando apenas *me andaba* en síncopas breves, es decir, en aquella lección cortísima 53, que parece una sonora marcha triunfal. Entré con mi padre en una casita de un solo piso. En el comedor estaba don Hilarión, quien se levantó para saludarnos. Era hombre altísimo, recio y enjuto, de ojos muy vivos, cabello rapado y orejas en asa (perdone Lombroso). Continuó su frugal refrigerio, y ocurrió con la criada, nueva y lugareña, una escena cómica inolvidable.

—Don Hilario, agua.

—Hilarión, hija mía.

—Aquí tiene fruta, don Hilario.

—Hilarión, hija mía, *Hilarión*.

—Don Hilario...

—Pero, vamos á ver, ¿por qué te obstinas en llamarme Hilario, si me llamo Hilarión?

—¡Ay, señor, perdóneme usted; pero como es usted tan grande, creí que lo de Hilarión era un mote!

Grande era, en efecto, por su saber y su austeridad. Llegado al órgano, bajo su severo traje talar, se agitaba nervioso, se despertaba apasionado y sublime el artista. Con voz medrosa de niño asustado canté mi lección 47—*do mi do mi sol do*—, flor exquisita, suave, alegre, de aquella musa desterrada del amor y de la alegría. Y él me acompañó con acordes solemnes, como si al canto de regocijo de un alba acompañara el eco desolado de un triste crepúsculo opalino.

Después, no he vuelto á ver al maestro. Pero apenas si recuerdo una sola impresión honda y dulcísima de mi infancia que no *suene* en mi corazón con esos ecos que cientos de lectores recordarán emocionados al leer estas líneas.

¿Qué emociones intensas, qué escenas lejanas, qué impresiones castas é inolvidables no despierta en el alma de centenares de viejos solfistas esa lección 43 en tono menor—*la*=*mi la si do si la si*—, que parece una queja doliente y serena, trocada luego al cambiar en tono mayor en frase vibrante de esperanza? ¿Qué júbilos van unidos á los victoriosos y alegres tresillos de la 41? ¿Qué dichas al *sol re*=*si la re* de la 11 de la parte segunda, qué ternuras á la 23 en tono de *fa* y qué proyectos á la 29 con su entrada varonil y sus mordentes en semifusas? Toda esta jerga, que pudiera parecer bárbara á no pocos lectores, ha de hacer asomar lágrimas á los ojos de cientos de seres penosamente desengañados y de millares de almas solitarias.

Luego la música de Eslava, asociada en muchos sensorios á las impresiones recibidas en la niñez—las más duraderas—, anteriores en ellos á las leyendas ingenuas y á los cuentos maravillosos de la *Cenicienta*, evocadoras en otros de los románticos é inolvidables éxtasis de la juventud fragante y vigorosa, es también para muchos pechos doloridos rememoración de esperanzas que fracasaron y proyectos que se deshicieron en humo. Tienen la melancólica tristeza, el desgarrador atractivo de los alcázares vistos en sueños, que se desvanecen; de los solitarios y umbrosos jardines en que nos fué negado fijar la planta trémula; de las flores que en nuestras manos se marchitaron, sin darnos apenas el tiempo preciso para colocarlas entre las hojas de un breviario forrado en piel; de las nieblas traslucientes como fanales, tras las cuales pensábamos vislumbrar luminosos palacios argénteos, y que una vez desvanecidas, nos presentaron sólo el espectáculo desconsolador del espacio abrumador y sin límites.

¡Cuántas esperanzas frustradas, que se concibieron al compás binario! ¡Cuántas grandezas rotas, engendradas sobre el pentagrama! Aun nos duelen los párpados, aun nos oprime el pecho, aun parece querer escaparse de nuestra garganta el sollozo. Y así, cuando abrimos ese precioso infolio en que hay huellas de lágrimas y encarrujamientos nerviosos y á veces polen seco de flores mustias, sentimos resurgir en nosotros el fantasma azulado de los tiempos que fueron, y al cerrarle, no podemos menos de decir, ahogando un suspiro:

—¡Verdaderamente, era grande aquel don Hilarión!

LXVI

Después de haber admirado desde la plataforma del vagón los grandes paisajes, las abruptas y negras cortaduras, los bosques de olivos, que parecen girar como sombras cretinas, las trincheras interminables erizadas de rocas puntiagudas, en que repercute el isócrono tableteo del convoy trepidante; luego de haber experimentado en las tinieblas rugidoras del túnel el frío de las cosas siniestras, y sobre el puente la atracción del abismo, hay algo que cautiva tanto como la perspectiva risueña del valle ó la línea ondulante del mar. Ese algo, para las almas fatigadas y humildes, es el paso á nivel.

Es una visión rápida, fugaz, incompleta. Pero la retina se ha impresionado y transmite al cerebro una sensación grata y melancólica. ¿Qué hemos visto? Acaso un edificio pobre y diminuto, sobre cuyo techo de pizarras ó de rastrojos se alza una débil columna de humo azulado. En aquel reducido espacio hay una vivienda, ó lo que es lo mismo, un universo, donde se vive, se sufre y se ama. Hay un hogar minúsculo en que borbotean las ollas un canto de Teócrito. Hay tal vez un escaño, y sobre el escaño palabras trazadas con el badil sobre el negro de humo y que recuerdan fechas, nombres, promesas, esperanzas... Hay, por fin, un sillón medio derrengado, ó una vieja silla de anea, ó un banco secular en donde el abuelo fuma su pipa, ó donde los pequeñuelos se encaraman para jugar

con los ovillos, de donde va sacando la abuela, á punta de aguja, un tejido grueso, basto, nudoso, interminable, desconsolador...

Hemos visto, además, una empalizada, y tras ella uno ó dos carromatos en espera de un tránsito libre. Dos bueyes de ojos magnos, serenos, que nos han recordado el *Fultus Hyacinthus* de Lecomte de l'Isle, trituraban con sus incansables molares no sé qué residuos herbáceos; una reata de mulas ha levantado sus orejas enormes, metafísicas, monacales, para enfocar el resoplido del monstruo. Sobre uno de los carros, un grupo de campesinos misérrimos nos ha saludado con voces y ajetreo de brazos nerviosos. Luego la visión se ha borrado y el tren ha seguido adelante, avanzando por las dos líneas bruñidas, por las paralelas de acero, que parecen decir: «¡Siempre igual!»

Pero nosotros hemos visto más: hemos visto una niña esbelta, descalza, de destrenzadas y rubias guedejas, de ojos inquietos y soñadores. El maestro Guillermo hubiera colocado en sus manos el arpa de Mignon. La desdicha ha colocado en ellas una bandera. No es un símbolo, ni una enseña, ni menos un lábaro; es pura y sencillamente una señal. Hecha ésta, la bandera se arrolla, la función salvadora concluye y la niña vuelve al escaño de piedra á apoyar la barbilla sobre la palma de la mano, mientras el campo queda solitario, las sombras avanzan é inclinan su copa dos ó tres arbustos inconsolables.

Tenemos todos una irresistible tendencia á creer que los niños, y sobre todo los niños pobres, no sienten. Yo estoy seguro de que esa niña mirará con curiosidad el interior de los trenes de lujo, de que contemplará con avidez las cabezas blondas cubiertas de gasas que se inclinan sobre las mesas

del vagón-restaurant, como las alondras displicentes sobre las semillas del surco; de que se preguntará quiénes son los orgullosos potentados que forman verdaderos ejércitos y que pasan arrellanados sobre los blandos almohadones, lanzando una mirada desdeñosa sobre los trigales devastados por la tormenta y los barbechos condenados á la esterilidad por una implacable inmisericordia.

Y luego, cuando se tienda sobre su lecho de maíces ó hierbas, la adolescente soñará. ¡Ya lo creo! Soñará con que ella también ocupa un lugar en los salones movibles y es llevada á países de ensueño, á ignoradas playas, en donde las brisas tienen aroma de algas y frigidísimas caricias sensuales. Soñará que está en un salón alumbrado por lunas de vidrio de pulido esmeril y arañas espléndidas; que un joven arrogante oprime su talle al compás de la música, y le dice después, como hubiera dicho Werther á la tierna Carlota:

—¡Juradme que no bailaréis otro vals, como este que acaba, con hombre alguno!

Diréis que todo esto es romanticismo. Permitid á quien no se conmueve ante las princesas despampanantes y las cantatrices sicalípticas, á quien no se enternece viendo los uniformes y las cogullas, soñar ante las niñas descalzas. Un dia esas niñas se calzarán, porque el porvenir es piadoso, y entonces tocará conmoverse ante sus zapatitos lustrosos á cuantos hoy merecen caminar con el pie en chancleta.

Entretanto, la ilusión, la esperanza, el ensueño, son de esa niña. Tal vez al final de nuestro viaje, desencantados, tristes, nos preguntaremos, entre dos bostezos de hastío ó dos lagrimas de despecho, en qué paso á nivel, sobre qué humilde escaño, junto á qué misérrima choza, pudiéramos volver á

encontrar, al caer de la tarde, la esperanza en el propio destino, el ansia soñadora de las dichas futuras y la grata visión de las cosas serenas.

LXVII

¿Recordáis los dias, tan tristes como memorables, que precedieron á la guerra de España con los Estados Unidos? Extendióse por nuestro territorio un delirio pasmoso de grandezas. Nuestra nación era llamada á gloriosos destinos; nuestros soldados eran incomparablemente más bravos, sufridos y vigorosos que los de todo el Universo. Nuestra escuadra, dotada de improvisados submarinos y *tóxpiros,* podía hacer frente á las más numerosas y formidables. Conquistaríamos Nueva York. El himno de *Cádiz* fué el canto arval: *¡Triunphe, triunphe!* Ser español llegó á ser algo grande, como lo es ser germano en el himno alemán de los príncipes.

Fuimos vencidos. *Ipso facto* los sociólogos declararon que España era una nación débil y abominable. El doctor Robert midió el cráneo de los castellanos é hizo nuestro proceso patológico. Comenzóse á llamar idiomas á los dialectos, se insultó á la bandera, se escribió la historia de una meretriz y se puso encima este título: *¡Era castellana!* Y así hemos llegado á las horas difíciles de las enemistades y los enconos, como si la misión de los hombres cultos fuera sembrar el odio, y el haber sido engendrado en esta polvorienta meseta equivaliese á un nefando crimen.

Yo he nacido en el seno de esta Castilla melancólica y resignada, que después de dar unidad á la patria, le prodigó grandezas y poderío. Yo he nacido en esta tierra de labor y dolor que abrió sus ubérrimos senos á todos, que para todos tuvo albergue y cortesía. Por ello, oigo á cada momento injurias y reproches. Tranquilícense los separatistas... ¡No lo volveré á hacer!

***

Pero amo á mi patria, precisamente porque la veo humillada y triste. Votado á las cosas magnánimas, soy cortesano del dolor. Si no fuera español, quisiera serlo, para mostrar con qué cariño, con qué respeto se puede sacrificar la propia vanagloria á la gratitud y al deber. ¿Qué es ser un cerebro superior? No es construir edificios suntuosos, ni tejer paños de mayor ó menor excelencia. Es tender la mano á todos los hombres, compadecer sus infortunios, asociarse á sus nobles empresas, mirar todas las cosas *sub specie æternitatis*, sentirse ciudadano de la humanidad; y cuando desfallece injuriada la que nos dió su tradición, su idioma, su fe, su majestad y su sangre, abrirle los brazos y decirle, con acento en que vibre la más honda y generosa ternura:

—¡Madre, levanta!

Toda grandeza se contrasta con la humillación. Si se hubiera preguntado á Alejandro en Damasco: «¿Tú, de dónde eres?», tal vez hubiera contestado: «Se dice que soy de Macedonia; pero no hay tal: Macedonia es mía.» Sólo el esclavo es de aquí ó de allá; porque sólo él vive adscrito al terruño. El ser libre es ciudadano de todo el planeta; la Justicia y la Razón son sus dioses lares; el lugar en que culto les rinde, el espacio abierto, sobre el cual centellean millones de patrias, formadas con escorias gemelas, desprendidas del mismo sol.

Pero si el vencedor hubiera sido por su desventura Darío, el caudillo de los macedonios hubiera confesado el terruño humillado y doliente que guardaba las cenizas de sus progenitores. Interrogado, hubiera dicho: «Hijo soy de Filipo; mi patria es la llorosa región que se extiende de la Tracia al Egeo; he nacido en aquellas colinas en donde, cuando triunfa el extranjero, se muere.»

***

Los ingleses llaman diablos azules (*blue devils*) á las preocupaciones sombrías. Para exorcisar á esos diablos, nada tan eficaz como la contemplación de las maravillas mecánicas. Las deidades siniestras aborrecen las complicadas máquinas que les usurpan su luminoso cetro en el reinado del asombro. De noche, cuando las rotativas, los motores, los dinamos y los telares duermen, vagan entre las sombras esos azulados diablejos; examinan las cremalleras, palpan los pesados cilindros, suben á lo largo de las cintas sin fin hasta las engrasadas poleas, registran los pistones y suspiran junto á las lanzaderas dormidas. Quisieran explicarse la fuerza que hace funcionar todo aquello, y no pueden; inútilmente quieren arrancar un tornillo, una tuerca, un engrane, que desbarate la prodigiosa invención, y muerden estérilmente el acero con sus dientes menudos. Comprenden que todas las pasiones más viles, que las más pequeñas odiosidades, han de ser trituradas por bajo los ejes de aquellas pasmosas creaciones del cerebro del hombre, redentor de todos los días.

Ved por qué encuentro excepcional atractivo á

los automóviles. Viendo los carruajes forrados como estuches de piel olorosa, delicados y tersos como las mujeres á que han de servir de muelle cojín, se adivina que los artificios que esconde su seno están destinados á borrar las fronteras, á ahuyentar á los duendes de campanario, á dar al traste con el torpe delirio de las patrias menudas. Mientras resucitan los felibres las viejas cántigas, y los rebuscadores de archivos procuran galvanizar el espíritu de los fueros apolillados, ellos, los juguetes modernos y gentiles, pasarán como raudas centellas frente á los muros de las góticas catedrales, llevando á los puntos más remotos una enseña de fraternidad. Los acentos de sus bocinas serán notas agudas que harán estremecerse á los concelleres en sus lechos de piedra. La necesidad de cambiar los productos, de participar de las nuevas conquistas y de comunicarse las recientes ideas, hará formarse un lenguaje nuevo, en cuyo léxico no podrán encontrar refugio las palabras guerra, rivalidad, opresión y exterminio. ¿Cómo maldeciremos las regiones extrañas, si una nos mandará nuestros útiles de trabajo, otra las prendas que nos abrigan, ésta los libros que nos instruyen y aquélla el alimento de nuestros hijos? Delante del *autobus* se irá ensanchando, como en la leyenda, Castilla; pero no para dejar el campo cubierto de cráneos abollados y torsos sangrientos, sino de productos de la inteligencia, de semillas que fecunden los yermos y verdores que fertilicen y ennoblezcan las almas.

Y un día, no lejano, no habrá de preguntarse á hombre alguno en dónde nació, sino en dónde sembró beneficio, en dónde ayudó á la conquista del bien, en qué sitio difundió la cultura, el bienestar, la riqueza, y arrojó sobre sus hermanos un puñado de misericordia.

LXVIII

Comedor de roble tallado; altos aparadores con escudos hieráticos. Sobre los tableros de mármol sanguinolento, fruteros y macetas. A la habitación, sumida en semiobscuridad enervante, llegan, por los ajustes de las maderas medio entornadas, los ecos monorítmicos de un surtidor. Sobre un diván de alto respaldo, NINÍ dormida.

LAS ROSAS.—Hemos evocado el ensueño, y es el ensueño inefable y castamente sensual que inmortalizó á las doncellas que cuidaban los jardines de Epiro. Somos la voluptuosidad que se esparce y diluye en el éter, la magna idealidad hecha aroma. Ved cómo, á los efluvios de nuestros cálices virgíneos, desmaya en el éxtasis la pura inocencia inmaculada.

NINÍ (*dormida*).—¡Mañana!...

LA AGUJA (*prendida en el bastidor*).—Sueña conmigo. Ha dicho *mañana*. Ved la frase de la actividad previsora.

LA MUÑECA (*sentada en un silloncito de mimbres*. —¿Previsora la adolescencia? ¿De cuándo acá? Nini sueña conmigo: tiene quince años.

LAS ROSAS.—¡Quince años! ¡La edad de Julieta!

UN BUSTO DE CHAMFORT.—¡Paso á un egoísmo que nace!

LAS ROSAS.—Eres sabio; es decir, eres frío.

EL BUSTO.—Vosotras sois bellas; es decir, sois vanas.

EL ECO DEL SURTIDOR.—¡Chist... chist!... Todo es enervador en la abrasada siesta. Los átomos se inflaman al beso del sol. Las adelfas parecen desmayar al borde de la taza de mármol; un insecto ha pasado llevando en sus élitros algo como la nota de un himno nupcial.

NINÍ (*en sueños*).—¡Una alondra!

EL BUSTO.—¿Lo veis? Ya es mujer, puesto que la seducen las cosas que vuelan.

LAS ROSAS.—¿Por qué no? La alondra es el pájaro de los horizontes luminosos y abiertos, de las auroras esmeriladas, de las brisas perfumadas y refrigerantes. ¿No recordáis el inmortal idilio de Verona?

LA MUÑECA.—Pide una alondra, pero es por su vistoso plumaje, que ha de ornar mi tocado. Más tarde pedirá cintas y bagatelas.

EL BUSTO.—Alondras... Es golosa. ¡No os fiéis, oh inocentes y cándidos pajarillos!

LA AGUJA.—El sueño nada explica. Es la vigilia la que da la razón. Cuando Nini despierte volverá á su labor, será juiciosa...

LAS ROSAS.—Es decir, será desgraciada.

EL SURTIDOR.—¡Chist... chist!... Es la hora solemne... ¿No escucháis el hervor de la vida? En las frondas hay rumor de aleteos y chasquidos de brotes. Una crisálida pende en la morera de su hilo de oro. Del cercado llega aroma de pétalos. Nada se mueve, pero prestad oído y veréis que todo palpita, con ansias secretas de renovación.

LA AGUJA.—¡Necedad... farándula! Libre Dios á Niní de escuchar vuestras voces ociosas. Apostaría un ojo, el único, á que mi niña sueña con entredoses y pespuntes. Veréis cuando despierte cómo es para mí su primera mirada.

LAS ROSAS.—Siempre la labor embrutecedora, mecánica. ¿No hay en el mundo sino pespuntes y corcusones de bastilla?

LA AGUJA.—¿No hay sino ensueños y amoríos? Sin ellos se ha pasado muy bien la miss.

LAS ROSAS.—Vieja, triste, solitaria, gruñona.

LA AGUJA.—Virtuosa, casta...

LAS ROSAS.—Incapaz de cariño y de abnegación...

LA AGUJA.—Como vosotras de utilidad. Viviréis sólo un día.

LAS ROSAS.—¡Será un día fecundo!

EL BUSTO.—El amor es la ocupación de los perezosos.

LA AGUJA.—¿Y la castidad?

EL BUSTO.—Esa es la virtud de los agotados incapaces.

NINÍ (*soñando*).—¡Qué delicia! ¡Qué inmenso placer!

LA MUÑECA.—Juega.

LA AGUJA.—Trabaja.

LAS ROSAS.—Ama y espera.

NINÍ (*balbuciente*).—¡Qué tristeza! ¡Qué tedio!

LA MUÑECA.—Es que estudia.

LA AGUJA.—Es que huelga.

LAS ROSAS.—Es que olvida.

EL SURTIDOR.—El cielo se nubla. A lo lejos fulguran reflejos cárdenos: la tormenta se acerca.

LA AGUJA.—Va á despertar Niní. Pronto veremos quién tiene razón.

EL SURTIDOR.—Las flores levantan su cáliz, en las ramas parece que se desperezan los pájaros y alisan sus plumas; la crisálida ha roto su hilo de oro y ha caído bruscamente en el surco. ¿No oís? Ha sonado el tableteo del trueno. Las golondrinas huyen asaeteando el espacio. Ha pasado la hora. La Naturaleza despierta. La siesta termina.

NINÍ (*despertando*).—¿Qué es esto? ¿Hay tormenta? ¡Dios mío qué miedo!

LA AGUJA.—Veréis cuán pronto aparece la obrera.

LA MUÑECA.—No, sino la niña.

LAS ROSAS.—Lo que ha despertado es la mujer.

NINÍ (*yendo hacia la muñeca, y tomándola en brazos*).—¿Estabas tú aquí? ¡Pobrecita! ¿Te habrán asustado los truenos? (*Le da un beso y comienza á mecerla.*) ¡Ea! Duerme, alma mía, duerme...

EL BUSTO.—Triunfó la muñeca. Niní ha comenzado á jugar.

LA AGUJA.—No; vencí yo: lo que ha surgido en ella es la santa virtud del trabajo.

LAS ROSAS.—Os equivocáis. Las que hemos vencido hemos sido nosotras, porque lo que ha despertado en Niní ha sido el inextinguible, el inmortal instinto de madre.

LXIX

—Mariano.

—¡Señor!

—J'ai froid, je suis triste; je me sens vide, neurasthénique...

—Quoi?

—La tête et le cœur me font mal. Tu aimes fumer? Laisse-là le plumeau. Assiedtoi et fume.

—Si monsieur veut...

—Oui, mon ami, assieds-toi. Ah! maintenant, dis-moi tout ce que tu pénses ou ne penses pas sur la vie et la mort, la terre et les espaces interplanétaires, le bien et le mal, les sentiments et les idées, les phénoménes et les choses occultes, l'homme et le monde.

—Eh! eh! que voulez vous que je vous dise? Que tout cela est comme le feu de ce cigare: quelque chose qui brille et se consume.

—Tu as été perspicace: la vie n'est qu'une combustion, la pensée une flamme tenue, les mondes des foyers qui se consument, l'espace un foyer qui se refroidit. Mais c'est partout le même feu infini. Peut être la fureur homicide qui s'est brûlée dans le crâne défait du grand duc Serge est-elle alimentée par la même énergie que la pitié suprême de Tolstoi?

—Señor, je n'y entends rien du tout.

—Tant mieux. Ne pas comprendre les choses est la meilleure façon d'en jouir. La raison... mais nous en mourrons! Si tu veux être heureux, brûle des énergies, brûle des cellules; mais ne demande pas ce qu'elles sont ni où elles vont, comme tu ne te demandes pas quel soleil a mûri ce tabac qui te brûle les lèbres, ni où va cette fumée azurée qui s'évannouit au dessus de ta tête étourdie par son âcre arome. Fume et dis moi ce que tu as vu.

—Señor, un enfant mort, une forêt taillée et un livre déchiré.

—Tu as vu les trois grands malheurs qu'il est donné à l'homme de contempler. De quoi l'enfant est il mort?

—De faim.

—Qui a taillée la forêt?

—L'avarice, pur revendre le terrain.

—Qui a déchiré le livre?

—Je ne sais.

—Une critique niaise, assurémet. Eh bien! où les enfants meurent de faim, où l'avarice rase les

arbres, où l'inculture déchiré les livres, il ne peut y avoir que tristesse. Parle moi d'autre chose.

—De quoi, señor?

—De ce que tu as fait en distribuant les cartes que je t'ai remises.

—D'abord, j'en ai porté deux à l'Ateneo et j'ai vu, par l'entrebâillement d'une porte, dans un salon fort grand, un vieux monsieur infirme qui parlait de la morale honête.

—Admirable pudibonderie!

—En sortant, j'ai vu deux gardes emmenant une femme parce qu'elle mendiait sur la voie publique; un charretier frappant une mule tombée sur le sol, devant cent personnes riant aux éclats; puis deux messieurs saluant polimet un autre qui descendait d'une voiture.

—Quelque personne respectable sans doute?

—Nullement, car, lorsqu'ils l'eurent perdu de vue, j'entendis les autres dire. .

—...Que disaient-ils, voyons?

—«Fameux voleur»!

—Ah, pauvre Mariano! Tu sais quelle est la morale courante. Repose-toi et fume. Le tabac te paraît trop fort? Question d'habitude

—Puis j'ai porté une carte dans une maison où se trouvait une dame bien triste. Elle pleurait.

—Il faut que tu saches, Mariano, qu'il y a beaucoup de femmes qui pleurent, beaucoup qui passent de longues heures seules et tristes. J'ai pitié de ces âmes solitaires et voudrais pouvoir, sans être vu, leur mettre au cœur une consolation et des fleurs à leurs pieds.

—Pourquoi?

—Pour faire une bonne action. Tu ne sais pas ce que c'est qu'une bonne action, mon cher Mariano?

—Quand j'étais dans l'armé, on appelait une bonne action le combat de Somorrostro, où il périt deux mille soldats. J'ai lu aussi que la bataille de Liao-Yang était une bonne action, où plus de trente mille combattants ont péri. Quant aux actions de la Banque...

—...Mais, enfin, qu'en penses-tu?

—Que les actions ne sont ni bonnes ni mauvaises, que chacun fait ce qu'il peut et que nous sommes des marionnettes mues par le hasard.

—Tu es un philosophe, fume.

—En revenant, as tu appris beaucoup de nouvelles?

—Bonnes ou mauvaises?

—Vous verrez..

—Au milieu du Retiro, on va placer une grande statue.

—Celle de Cervantés? de Servet? du Greco?

—Du général Martinez Campos.

—Pourquoi pas celle du général Pavia, en face de la Chambre des Députés?

—Au Retiro, on va abattre beaucoup d'arbres pour y faire un théâtre, une piste, un tir et un restaurant. On va permettre les courses de taureaux les dimanches et l'on donnera un billet de loterie à tous ceux qui se feront vacciner.

—Assez! Je ne veux pas en savoir davantaje. Jette ton cigare, si tu veux. Ces choses vous donnent la nausée. Laisse moi seul, fumant, brûlant du tabac et des énergies, évaporant de vieux souvenirs... Ah! va à l'Ateneo et demande quel jour ce monsieur infirme parlera encore de la morale. Après le plaisir de fumer, il n'en est pas qui vous, endorme doucement comme d'entendre disserter

sur une chose que personne ne connaît, que personne n'a vue, mais que tout le monde a sur les lèvres, bien qu'elle soit brûlée dans le cœur!

LXX

Juan García, Pedro Pérez, José Fernández: he aquí los nombres de los verdaderos salvadores de la humanidad, de los héroes de que no hablan Plutarco ni Carlyle, para los cuales tienen siempre la Gloria y la Virtud un dedo en los labios, y sobre cuya tumba extiende sus alas cobijadoras de la paz el Silencio.

Esto indigna á no pocos espíritus generosos. Quisieran que hubiera una cuadrícula reguladora de recompensas. Y ya la hay en los dogmas que asignan á cada heroísmo, penitencia, atrición ó práctica, tantos ó cuantos días de indulgencia. ¿Qué más quieren? ¿Que al mérito siga inmediatamente la cruz ó la medalla, el diploma ó el homenaje? ¿Qué mérito concederíamos en tal caso al arrojo y la abnegación de un tabernero? Si ellos hubieran de procurarle notoriedad, fortuna y estimación, nada tendrían de particular.

Subir al patíbulo y decir desde allí al buen ladrón: *Mañana serás conmigo en el Paraíso,* es hermoso, es sencillamente admirable. Pero me parece más grande decir: *No sé lo que hay mañana; acaso solamente sombras y olvido; pero hoy cumplo con mi deber.* Hacer el bien por el bien mismo y sin esperanza de recompensa: he aquí lo que nos

produce el supremo espasmo de la inefable y eterna belleza, he aquí en qué consiste precisamente la grandeza y la abnegación de los Pérez y los García.

¡Oh, qué historia tan deplorable la de la humanidad, si hubiera recibido sus premios sellados como en Paraninfo! Sócrates—nos contaría Livio—fué condenado injustamente; pero oyó los consejos de Critón: huyó, regresó después de morir Anito; fué coronado y vivió felizmente en el Pritaneo. Catón, Mucio Scévola, Pericles, Marco Bruto, Cristo, Galileo, Servet, vivieron muy felices, tuvieron muchos hijos y colorín, como en los cuentos de Mad. D'Aulnay. Empequeñecida la historia, no habría sino achicar también el Olimpo. Sería una miserable zahurda en que todos los egoístas, los ambiciosos y los necios, cantarían himnos insulsos á un Dómine Dios.

Reflexionen los que se indignan. Conviene dejar su grandeza á lo grande, *su espina á la rosa,* su fondo de acíbar al vaso labrado á cincel. La injusticia, el dolor, son el claroobscuro, el relieve, el vigor de la vida. ¿Qué ojos nos serían amados, si en ellos no temiéramos ver asomarse el relámpago de una traición? Quejarse de la acritud y aspereza de la verdad... ¡Si la amamos por eso! Ningún hombre puede ser grande si no ha sentido en alguna ocasión la sublime embriaguez de la ingratitud y el olvido ajenos, si no se ha envanecido en la satánica soberbia que desprecia el juicio y la opinión de los necios, si no ha succionado el jugo de los pámpanos acres, de los goces que punzan, de los besos que hieren, de los axiomas que martirizan, de las excelsitudes que desvanecen y de los sacrificios innominados sin esperanza.

¿Que un hombre ha expuesto su vida por salvar

la ajena y nadie le recuerda? ¿Y eso qué le importa? Ha hecho el bien, ¡no faltaba más! Ha sentido en la frente el ósculo inmortal de la virtud y de la belleza absolutas. Esto debe bastarle. A quienes nos desposamos con lo impersonal, no ha de recordarnos el vulgo. Ni fuera bien que nos recordara.

LXXII

—¿Cree usted que vendrán á España los moros?—me ha preguntado con ingenua inquietud una señora ya entrada en lustros.

Yo adoro las conversaciones ingenuas; entre una disertación académica y una parrafada de cualquier aldeano, estoy por la oratoria de caramillo. He tranquilizado, pues, á mi amable interlocutora y le he dicho que nadie será osado á arrebatarnos el poderío y la gloria de aquellos tiempos en que paseábamos por el mundo *la cruz y la media luna*.

Ya algo más tranquila, me ha hecho observar que no es ella de esas personas que tienen á los moros por granos de anís.

—Ha de saber usted—me ha dicho—que los árabes han llenado España de monumentos.

Y ha añadido con candor admirable:

—Todos góticos.

—Señora—he dicho yo con esa gravedad que caracteriza á los diplomáticos—, los moros son unos excelentes sujetos, como habrá usted podido observar en *Las mil y una noches*. A un cuento se rinden

ni más menos que las lectoras de folletín. Además, en España hemos tenido moros ilustres, como el de Ferreras, y hasta hay uno, no sé si en Africa ó en Melilla, que se llama Kandor, nombre alto, sonoro y significativo. Así no es de temer que cometan la incorrección de volver á Majaderit, á pesar de que, según es fama, aun conservan todos las llaves de la casa de la plaza de la Morería.

—Yo confío—ha pronunciado mi respetable amiga, después de un ligero fruncimiento de su entrecejo—en que no volverán á intentar las hazañas de Numancia y de San Quintín. Nosotros (y al decir *nosotros* radiaba en su semblante el orgullo de una raza dominadora) disponemos de artillería, caballería y sanidad militar de tiro rápido. El globo de Mr. Kindelán no dejaría de servirnos de mucho, y con la amistad de las tres potencias saldríamos victoriosos en caso de lucha y tal vez con un buen pedazo de territorio que podríamos cambiar por Gibraltar ó vender á la Argentina ó á Chile, para con su importe pagar nuestras deudas, como nos enseña á pedir todos los días el *padre-nuestro*.

No he querido deshacer esta pequeña errata. La ocasión era pintiparada para lucir mi erudición.

—Nuestro porvenir, amiga mía, está en Africa. Yo he tenido el honor de leer en el Archivo de Simancas el testamento de la Majestad de Isabel la Católica, y allí se dice al pie de la letra: «Item, dejo á España en plena propiedad y dominio, sin limitación y para sí y sus sucesores, el territorio de Africa, *de polo á polo*, para que la goce con la bendición de Dios y la mía.» Usted ha debido admirar un cuadro en el cual la soberana de Castilla dicta su voluntad, ante notario y dos testigos, llamados y rogados, sin incapacidad legal para serlo,

amén de otros instrumentales, de todo lo cual se da fe. Allí está muy blanca la testadora y muy transparente, y todos la contemplan colocados en muy lindas y gallardas posturas.

—Lo único que me preocupa—ha interrumpido la excelente señora—es saber la forma de gobierno que habríamos de implantar allí. De la República no hay que hablar. Salmerón está el pobre muy acabado, y además sería capaz de hacer que todos hablaran en catalán, con lo cual no podríamos entendernos. De los radicales, Dios nos libre. Es verdad que quitarían allí los consumos; pero la tomarían con los frailes y se repetirían los sucesos de Alcoy.

—Yo creo—he dicho—que lo mejor sería enviar de visorrey á Weyler, quien también tiene buenas prendas, todas góticas, y nos podría hinchar las medidas. De la colonización interior habría que encargar á Besada y á cualquier otro de la justicia municipal, encomendada hoy á los santones. Con esto y el voto obligatorio, llenaríamos aquello de monumentos grecorromanos que no habría más que pedir.

—Sobre todo—ha añadido la señora con entusiasmo—hay que *cristianar* todo aquello. ¿No es una barbaridad que sean ateos? Yo les echaba abajo todas las pagodas. Una buena paliza, y adelante. Construiría una gran muralla, y adelante otra vez. Luego otra muralla, y andando; y así hasta llegar á Calcuta. Pronto seríamos respetados. Ya verían cuando el Africa fuera nuestra. Y se dijera lo que se quisiera, quedaríamos como unos argonautas. ¿Digo alguna barbaridad?

—No señora — he sentenciado gravemente—. Dice usted, poco más ó menos, lo que dicen los que se tienen por bien enterados.

LXXIII

Ha muerto mi hermano mayor en letras. No he podido abrazar su cadáver, ni velar en la noche trágica su lecho revuelto, como vela un perro una cuna vacía; no he podido llevar á su sepultura un puñado de tierra. Quiero dar forma sobre el papel á unas cuantas quejas dolientes, y tampoco puedo.

Ahora comprendo mi pequeñez; la inmensa distancia que me separaba de su grandeza; ahora mido su bondad hacia mí, cuando se dignaba acercarme, como el Redentor á los pequeñuelos, á su nimbo de luz.

Enfermo, triste, desesperanzado, en días de aflicción y de inconsolable y penosa angustia, él me ha escrito: «En el corazón de los buenos, no es la esperanza lo último que muere: aun le sobrevive el deber.»

Y yo tengo el deber de arrojar sobre la tierra que cubre á Alfredo Calderón un puñado de flores de mi huerto misérrimo, seco y estéril, y mis manos están vacías; y siento el mandato imperioso de proyectar en la húmeda niebla una tierna plegaria, y mis labios se agitan en vano, mudos y balbucientes. Debo rendir un noble y sacrosanto tributo. ¡Ay de mí, si no sé!

Hermano, ¿me oyes? Ya se ha extinguido el rumor de los pasos de tus acompañantes taciturnos. La noche es silenciosa, solemne, nupcial, como preñada en renovación. Despierta: á falta de flores lánguidas y paupérrimas, criadas por mí, traigo